

XVI Domingo del Tiempo Ordinario (21-07-24)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

“Perú, te quiero unido”, ése es el lema que nos une en cada año y que, como Iglesia, propiciamos siempre en nuestro país una unidad que no es una uniformidad, sino que acoge las diferencias y aprendemos juntos a vivir como el Señor quiso con sus discípulos.

Tengo la alegría de concelebrar hoy día con el Padre Juan Goycochea, y acogemos la venida de todos los equipos que han colaborado, especialmente, el equipo pastoral que dirige el Plan Pastoral y que nos conduce muy bien. Todo formado por laicos y con la ayuda del padre Goycochea, y que están ayudando mucho para que vayamos formando una enorme unidad entre todos, fomentando con la Iglesia sinodal ese camino de participación que tenemos y que nos recuerda que estamos llamados a ser una Iglesia unida, diversificada, dialogante, que acompaña, que permite que se suscite en la sociedad un verdadero sentido de justicia y de amor como es el que tenemos que tener.

Hermanos y hermanas, el Señor en el Evangelio de hoy (Marcos 6,30-34) muestra cómo tiene actitudes muy distintas a las de los gobernantes de su tiempo. Los gobernantes del tiempo de Jesús eran, por el imperio romano que había invadido Israel, Pilato y todos los miembros del pueblo invasor. Y, por otro lado, tenían a los sacerdotes que, poco a poco, durante siglos, habían tenido relaciones con todos los gobiernos y potencias extranjeras que gobernaron sobre Israel (la potencia persa, la potencia griega y la potencia romana), y se habían habituado a convivir con ellos y a explotar a la gente a través del templo. Desgraciadamente,

la religión que, en ese momento habían tenido los hebreos, fue como una especie de medio de opresión y maltrato; por eso es que Jesús tiene otras actitudes distintas a las de ellos. Los sacerdotes despreciaban a la gente; Jesús apreciaba, observaba, sentía como la gente. Estos señores no tenían compasión, hacían negocio con la religión; Jesús siente compasión porque andaban como ovejas sin pastor.

Y eso es lo que pasa siempre que hay una especie de organización que gobierna o dirige una nación y piensa nomás en sí misma. Hay un olvido de las personas, son como pastores que dispersan a las ovejas, que las usan para sus intereses, pero no las alientan o las promueven, ni las acompañan. Y hoy día estamos, justamente, en todo el mundo, con problemas pastorales; y como se dice siempre en la tradición: si es que existe un problema en la cabeza, todo el cuerpo se desmiembra. Y, entonces, tenemos que ver cómo vamos a hacer para que, en el futuro, en todos los países del mundo, haya cabezas adecuadas que puedan dirigir bien y ayudar a la unidad y al crecimiento de las naciones, sobre todo, para que se fortalezca eso que hemos reflexionado esta semana: la democracia.

La democracia, en la tradición católica, siempre se ha considerado un sistema regular, no muy bueno. ¿Por qué? Porque es muy engorrosa, muy difícil, pero es el menos malo de los sistemas y, por lo tanto, tenemos que mejorarla. Por eso, la Iglesia aprecia la democracia y quiere ensancharla. Y cosa más linda no se le ha ocurrido al Papa Francisco que, para eso, la Iglesia misma aprenda a tener formas parecidas y más profundas. A eso se le llama “sinodalidad”, y ustedes están viendo que Jesús es así: ha mandado a sus discípulos con su mismo Espíritu, su “exousia”, su ánimo o espíritu promotor, eso que hemos explicado la vez pasada, su fuerza de vigorización,

de ánimo a la gente para solucionar sus problemas, para acompañarla con su consolación, con su ánimo para levantar a la gente. Y, luego, sus discípulos - que han hecho varias tareas - le cuentan lo que han hecho. Y ÉL les dice: “Vamos un rato a descansar porque hemos trabajado mucho”. Y ahí se ponen a conversar.

Las cosas no se pueden resolver nunca si no se conversa verdaderamente, si no nos encontramos. La vez pasada estuve en una parroquia y estaban todos los grupos, pero en estos grupos tenían puestos sus uniformes (porque casi a todos los peruanos nos encantan los uniformes). Entonces, estaban con sus uniformes de las hermandades, de las comunidades, pero yo les pregunto: “¿Y entre ustedes, se conocen?”. Y ellos me dicen: “Ah, no, nosotros nos unimos y nos ponemos a rezar el Rosario porque hay que alabar a Dios”. Eso es verdad, pero también hay que comprender a las personas que están al lado, ¿no? Y muchos llevaban como diez años en el grupo y no se conocían entre sí. Eso no puede ser.

Tenemos que superar esa idea de que nos “uniformamos” pero nadie se conoce. La Iglesia es para compartir, para conocerse, para reflexionar juntos, para tener ideas interesantes, para acompañar a las personas, no solamente con el grupito, sino también con los de fuera. Por eso, hay que ir a misionar como hacían los discípulos. No se trata de estar encerrados entre nosotros ni ir dispersos, se trata de conversar con la gente y comprenderla. Y la mejor forma, hoy día, que se ha descubierto es que, para sanar de muchos problemas que tenemos, necesitamos que los problemas salgan, que se puedan conversar, que pueda uno hacer memoria, que pueda reflexionar. Y eso es lo que hacían los discípulos.

Por eso es que ellos dicen que, así como salió una fuerza de Jesús que curaba a la gente (porque Él tocaba a la gente, es la manera de ser de Jesús, alentaba a la gente), también tendríamos que adquirir esa manera de ser nosotros para poder ayudar a que todas las personas se curen a través de la conversación. Hoy, todos los psicólogos dicen que las personas que conversan sobre sus problemas y los tratan, se levantan y sanan porque se expresan.

Por años hemos estado habituados en la historia de nuestro país - porque hemos vivido en un país colonial - a reprimir. “¡Cállate!, que tú tienes que hacer lo que yo digo”. Esa educación ya se acabó. Desgraciadamente, ahora, hay personas que quieren decirnos que la mejor fórmula es siempre mandar y obedecer, no expresarse y no hablar. Mírense lo bonito que se expresa nuestro pueblo cuando sale a la calle, canta, baila y tiene todas esas expresiones que hemos estado viviendo en las parroquias estos días. Ayer estuve en el pasacalle del Rímac, había una enorme marcha preciosa que, por falta de colaboración de alguna autoridad, no se pudo terminar en una presentación de los grupos; pero todos marcharon con una alegría impresionante, y he visto que, en todos los barrios, han hecho muchísimas cosas bonitas.

Bueno, hoy día el Señor nos dice, entonces, que es muy importante tener compasión. Tener compasión significa compadecerse del Otro, es decir, consufrir con él, comprender y tener pasión por estar juntos. Es difícil esto, evidentemente, cuando vivimos en una sociedad en donde todos nos comunicamos por teléfono celular; ya no sentimos, creemos que la cosa simplemente es resolver todo rápido, y por eso es necesario ir más calmados. Tenemos que ver la manera de que juntos, como peruanos, vamos a desacelerar todo para hacer

las cosas bien. Justamente, cuando nos distraemos mucho en la desesperación y en la rapidez, ya no vemos los problemas y creemos que todo es cuestión de cálculo. Y el cálculo no va a resolver nada, la comprensión sí.

Todo está en el modo de actuar de Jesús, que tenemos que captarlo y aprenderlo todos. Hay que empezar a hacer eso que se decía antiguamente: “sacar manteca en favor de la conversación y del diálogo”, como lo hacía Jesús con la gente. Evidentemente, los que tenemos la labor de ser pastores tenemos que ver la manera de darle un tiempo a la gente. No todo lo podemos hacer, pero también es necesario pensar en la autoorganización de todos nosotros que vamos sumando los tiempos y vamos generando comunidad y vamos generando ánimo.

Por eso, entonces, nos dirigimos hacia enero próximo en donde haremos la Segunda Asamblea Sinodal de Lima para concluir todos estos años de trabajo y preparar el camino para la segunda etapa; una segunda etapa que yo no sé si el Santo Padre me prolongará o no, pero en todo caso, hay que terminar bien la primera etapa. Y esa primera etapa requiere que afiancemos entre todos nosotros nuestra capacidad de condolernos de la situación de los demás. Hoy día, especialmente, esto tiene que ver directamente con nuestra relación con el Señor.

El Señor quiere la salvación de todos como personas y como pueblo; el Señor no ha venido a salvar nuestras almas solamente, porque si ha venido a salvar solamente nuestras almas, entonces, yo rezo un montón y ya me muero, se va mi alma al cielo y los demás que los parta un rayo. Eso se llama individualismo espiritual, egoísmo espiritual.

La salvación es la salvación de todos como pueblo y de hermanos los unos de los otros. Si no me hago hermano de los otros, cómo voy a ser hermano en el futuro cuando estemos todos en la vida eterna. De tal manera que *“el que busca su vida la perderá, el que pierde su vida por los demás, la salvará”*, es decir, la salvación está en la hermandad.

Por eso decimos: “Perú, te quiero unido”, linda frase que todo el consejo pastoral ha recogido de todas las parroquias y la ha resumido en una sola frase: “Perú, te quiero unido”. Un aplauso por nuestro país y todos los peruanos.